



Seix Barral

Josefina Licitra

El agua mala

Crónica de Epecuén y las casas hundidas





Seix Barral

Josefina Licitra

El agua mala

Crónica de Epecuén y las casas hundidas

1.

Rubén Besagonill se levantó de la cama y se vistió con urgencia. Eran las dos de la madrugada del domingo 10 de noviembre de 1985 y el viento sur hacía temblar los vidrios de la casa. Su mujer y su hija dormían. Sus padres, en otra habitación, estaban alerta. Rubén les habló desde una puerta entreabierta:

—Voy a Epecuén —dijo—. ¿Vienen?

Epecuén era una villa turística ubicada en el suroeste de la provincia de Buenos Aires y a ocho kilómetros de Carhué, la localidad donde todos estaban en aquel momento. En el living, Rubén tomó las llaves de la camioneta. Sus padres se asomaron en ropa de dormir.

—¿Y? —les insistió Rubén—. ¿Vienen o no?

Su madre negó con la cabeza. Su padre miró la calle —el viento parecía tomar el pueblo por los pelos— y después volvió la vista hacia su hijo.

—Me quedo —respondió—. No quiero ver eso.

Rubén cerró la puerta, subió a su camioneta y llegó a la ruta en minutos. Estaba asustado. Si la sudestada seguía, todo Epecuén quedaría bajo el agua. No era una suposición sino una certeza, el desenlace lógico de un desastre anunciado. El Lago Epecuén —que daba nombre al pueblo y estaba a metros de la primera línea de casas— desde hacía meses

venía creciendo y poniendo a prueba la resistencia del terraplén, una barrera de contención que promediaba los cinco metros de alto y que, a la manera de una represa, se había armado a lo largo de los años para resguardar la villa de una eventual inundación.

¿Aguantaría el terraplén? En Epecuén había dos posturas enfrentadas. Estaban los «alarmistas» —entre ellos, los bomberos de la zona—, que auguraban un final trágico. Y estaban los que confiaban en la palabra de los funcionarios municipales y provinciales, que juraban que el desborde no superaría los diez centímetros de agua y que Epecuén jamás se inundaría. El pueblo, decían, seguiría siendo lo que siempre fue: uno de los principales centros de turismo de salud de la Argentina. Un maná de aguas altamente mineralizadas que, según la época, tenían entre 200 y 400 veces más sal que el agua de mar común y situaban a Epecuén a la altura del Mar Muerto, en Medio Oriente.

Rubén estaba entre los alarmistas. Tenía motivos. Conocía bien el sistema hídrico de las Encadenadas —al que pertenecía Epecuén— porque solía pescar ahí. Las Encadenadas eran —son— seis lagunas escalonadas que tenían en su base, como si fuera un «fondo de olla», el Lago Epecuén. En tiempos normales, para evitar que el agua descendiera en cascada, el caudal se contenía con terraplenes: rutas o caminos vecinales elevados que funcionaban como barreras entre una laguna alta y otra baja. Pero ese noviembre de 1985, en plena temporada de lluvias, el agua estaba tan crecida que los terraplenes apenas se veían. Eso fue lo que Rubén divisó el día anterior, sábado 9 de noviembre, cuando su cuñado —fumigador de campos— lo subió a su avioneta para mostrarle el panorama desde el aire. Visto desde esa perspectiva, el sistema entero parecía una inmensa catarata

donde ya no se veían los límites entre una laguna y otra. Bastaba una última lluvia fuerte para que todo colapsara. Y esa lluvia estaba por llegar.

Hasta ese momento, el gobierno había concentrado todos sus esfuerzos en negar el problema. El jueves 7 de noviembre —apenas dos días antes—, el mismo intendente había hablado de «exageraciones», había llevado a los vecinos a recorrer el terraplén que contenía las aguas del Lago Epecuén y se había comprometido a reforzarlo pronto. Era un día de sol.

—Si mañana está igual de lindo, rehacemos todo —había dicho el funcionario, Raúl González, dueño de un hotel en la Villa.

Muchos vecinos necesitaron creer en ese gesto. Epecuén era un caserío esencialmente turístico y la cercanía del verano hacía que la gente, que vivía del comercio, se aferrara a un pensamiento mágico: si ignoraban los riesgos, tal vez dejaran de existir.

Pero Rubén seguía intranquilo. Ese jueves, durante la recorrida con el intendente, había visto el terraplén. Solía tener cinco metros de ancho, pero los topeteos del agua lo habían desgastado hasta reducirlo a apenas dos. De un lado, al ras, el lago embestía los bordes de la barricada. Del otro, entre cuatro y siete metros más abajo —según el tramo—, se extendía el pueblo.

Bastaba una lluvia más para que todo colapsara. Y la lluvia llegó. El viernes amaneció nublado, llovió el día entero y el sábado siguió cayendo agua, con algunos intervalos en los que el cielo clareaba. Rubén no necesitaba más señales. Miró el lago. Si el terraplén se rompía, el agua se nivelaría a cuarenta metros de su casa. Mejor no arriesgarse. Cargó la camioneta con ropa, una heladera, el televisor. Subió a su

hija de un año y, junto a su esposa, se fue a la casa de sus padres en Carhué.

Instalado en su viejo dormitorio de soltero, Rubén hacía cálculos. Si el muro colapsaba y Epecuén desaparecía, él sería capaz de superarlo. Tenía veintidós años, era joven, había nacido en Carhué y recién hacía dos años que frecuentaba Epecuén, donde su padre tenía una carnicería y un albergue. Pero en la Villa había viejos que habían pasado allá su vida entera y que perderían más que una casa: con el agua, se les irían también las coordenadas del pasado. Rubén tenía que ayudarlos. Tomó la camioneta y salió a la ruta.

Esa madrugada, el camino que bordeaba el lago estaba bombardeado por las piedras que traía el oleaje. Cada tanto Rubén se detenía y trataba de apartarlas con las manos, pero solo podía con las más chicas. Las grandes, encalladas en el cemento como huevos prehistóricos, daban cuenta de la fuerza del agua: el lago estaba fuera de control.

Toda la provincia estaba colapsada. Buenos Aires pasaba por una de las peores inundaciones de su historia: cuatro millones y medio de hectáreas habían quedado anegadas por un desborde del Río Salado. Las pérdidas —por evacuación, poblaciones aisladas y el deterioro general de la economía regional— se calcularían después en mil quinientos millones de dólares. En ese contexto, el agua era un exceso que nadie podía contener y que terminaba cayendo, principalmente, en las poblaciones geográficamente deprimidas como Epecuén.

Esa madrugada, Rubén tardó el triple de tiempo en llegar a la Villa. Cuando por fin lo logró, encontró gente en la calle, caminando contra el viento bajo un cielo apenas tapado por las nubes de la tormenta que llegaría al día siguiente. Algunos hombres revisaban el terraplén: estaba delgado. Del

lado externo era de piedra sólida, pero la cara interna, hecha de un material calcáreo, se deshacía lentamente con el golpe del oleaje.

Ese retén tenía historia. En 1978, tras una inundación menor, se había construido una primera defensa: una calle de tierra y piedra que, con el tiempo, había ido subiendo conforme el Lago Epecuén crecía. Para noviembre de 1985, esa barricada tenía la altura de un edificio de dos pisos.

Algunos caminaban por ahí arriba, esa noche. Otros estaban en las calles y otros, en sus camas. Idolia y Oscar Bríquez, los dueños de un residencial, dormían. Lo hacían con los muebles levantados porque, si el retén se rompía, amanecerían —como finalmente ocurrió— con medio metro de agua dentro de la casa. Pero el terraplén aún estaba entero y las autoridades habían dicho que no había riesgo. Los Bríquez, entonces, cerraban los ojos. Como tantos otros.

—¿Qué tal está eso? —preguntó Rubén al primer vecino que cruzó.

—Se rompe —fue la respuesta.

Al filo del terraplén, el agua embestía los bordes como un monstruo en una jaula cada vez más débil. De pie sobre la Avenida de Mayo, la arteria principal, Rubén recorrió el muro con la vista hasta que apretó el ceño. ¿Qué era ese relumbre blanco? Algo estaba iluminando un extremo del terraplén. Años después, Rubén no sabría precisar si era la luz de la luna abriéndose paso entre las nubes o si era el impacto de un relámpago. Solo diría que ese instante eléctrico y oscuro cubrió el agua y le permitió ver, sobre una calle de nombre Talcahuano, una espumareda enérgica, un batir de líquidos que manaba de una fisura.

—¡Allá! ¡Se rompió el terraplén! —gritó alguien. Era una voz de mujer: eso recuerda.

En la margen occidental de Epecuén, el retén finalmente había cedido. Frente a un hogar de ancianos, el agua estaba entrando.